

**Antonio Colinas**

**Poeta**

## **Una *música* que regresa y que nos salva**

En mi memoria dormía una *música*. No era una música hecha de notas, la propia de una melodía; era una música de palabras; las palabras que, a su vez, duermen en el poema. La música, en definitiva, de la poesía. Hubo un tiempo – allá entre la infancia y la adolescencia - en que la poesía se me reveló con una fuerza especial. Fue a través de dos poetas concretos: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez; pero, antes, había leído muchos otros poemas: los de Bécquer, por supuesto, y más atrás las severas *Coplas* de Manrique, sonetos varios, letrillas y villancicos. Pero sólo con esos dos poetas concretos la poesía se me reveló.

El proceso fue muy parecido al que nos recuerda Vicente Aleixandre: pasaba éste uno de los veranos de su primera juventud en un pueblo de la sierra de Madrid cuando otro joven aprendiz de poeta, Dámaso Alonso, le prestó una *Antología* de Rubén Darío. Antes de ese momento, Aleixandre ya había leído poemas, pero sólo con esta lectura concreta y tardía de Rubén Darío se le *reveló* la poesía en toda su plenitud.

Esas influencias directas y algo tardías fueron como una *música sonora*; pero estaban ahí, sumidas en lo profundo de la memoria, otras *músicas calladas*; esas que ahora han retornado inesperadamente. ¿Cómo? Pues tras preparar una Antología de la poesía escrita en español en España y en Hispanoamérica. El trabajo de preparación era, en principio, árido y duro. ¿Cómo resumir en trescientas páginas nueve siglos de poesía? ¿Qué criterio seguir a la hora de seleccionar? ¿Cómo escoger sólo cuatro, cinco o seis poemas de los grandes poetas: de Fray Luis y Juan de la Cruz, de Quevedo o Góngora, de Rubén o de Neruda, de Lorca o de Aleixandre?

Y, sin embargo, sucedía algo extraño: a medida que seleccionaba se iba despertando en mi interior esa música de la que he comenzado hablando: una música de palabras que rescataba del hondón del ánimo, que iba dando lugar a una melodía extraña

y hermosa. Era como si, al rescatar poemas que creían desconocer, se hubiese entreabierto la memoria y una intensa música de otros días me llenara de gozo.

Era la experiencia de volver de nuevo a una música que creía completamente perdida. Sí, había poemas en mi selección que recordaba perfectamente y que he recordado a lo largo de los años; pero había otros que se hallaban depositados en el olvido y que ahora resurgían.

Había, pues, en esta operación como un renacer; un renacer después de aquel otro fulgurante que se dio entre la infancia y la adolescencia. ¿Y cuál era la clave de este renacer de ahora, en la madurez? Sin ninguna duda, la memoria, ese ejercicio del memorizar la poesía al que hemos lamentablemente renunciado, o que hemos perdido, o que simplemente no nos interesa ya. De ahí siempre mi insistencia ante los docentes para que se recupere este precioso don del memorizar la poesía.

Al hacerlo, el poema adquiere una dimensión nueva: es el haber dado con esa *música* de que os hablaba, es la palabra viva salvada en nuestro interior para siempre. Al comunicársela a los demás o al decírnosla a nosotros mismos, interiormente, habremos recuperado el sentido primordial de la poesía: su son órfico, su capacidad para sanar y salvar. Hemos dado, sin más, con la “palabra en el tiempo” (esa que no es la de hoy, sino también la del ayer y el mañana, porque es la palabra de siempre), de que nos habló Antonio Machado.